

24 de octubre de 2023 - Dedicación de la iglesia de Scourmont

1 Reyes 8, 22-23.27-30; Hechos 7, 44-50; Lucas 19, 1-10

Homilía

David, habiéndose construido un soberbio palacio, había decidido -en lo que sin duda concibió como un momento de gran magnanimidad- construir también una casa a Dios ("¡Mira, yo vivo en un palacio de cedro y Dios vive en la tienda!") Y Dios le había respondido: "No me construirás una casa; yo te haré una".

Hay algo parecido en el Evangelio de hoy. Zaqueo quiere ver a Jesús. Zaqueo no era precisamente un monaguillo piadoso. Era un recaudador de impuestos, de hecho el principal recaudador de impuestos en Jericó. Era conocido en la ciudad como un pecador. Sin embargo, tenía el corazón de un niño. Sabía que Jesús iba a pasar por su pueblo y tenía tantas ganas de verlo que olvidó por un momento su propia importancia y corrió como un niño y se subió a un árbol para verlo.

¿Qué pasó entonces? - Los papeles se invirtieron. Mientras Zaqueo quería ver a Jesús, Jesús vio a Zaqueo y lo miró con ojos llenos de amor que lo transformaron. Jesús miró a Zaqueo en su sicomoro y le dijo: "Zaqueo, baja pronto: hoy tengo que ir y quedarme contigo". Jesús quiere entrar en la casa de Zaqueo, no sólo en su casa, sino en su corazón y en su vida, que se transforman.

Entonces podemos entender por qué las iglesias cristianas no son principalmente casas de Dios, sino casas del pueblo de Dios, como nos recuerda San Bernardo en el texto que leemos esta noche en el segundo nocturno de las Vigilancias Dios no quiere habitar en casas hechas por manos humanas, sino en el corazón de cada uno de nosotros. "¿No sabéis que sois el templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" nos dice san Pablo.

Es porque Cristo habita en nuestros corazones que cada vez que dos o tres de nosotros se reúnen en el nombre del Señor, él está allí en medio de ellos. Y cada vez que nos reunimos en la iglesia de nuestro monasterio para expresar en la oración común esta comunión en la fe, el amor y la esperanza, somos Iglesia, somos Pueblo de Dios y Jesús está ahí, presente en medio de nosotros. Esta es la primera forma de la presencia real de Cristo en la Iglesia. Y cada vez que lo recordamos juntos en la celebración eucarística, él está allí en la plenitud de su presencia: la segunda forma de presencia real.

¿No es Zaqueo un poco como cada uno de nosotros? O, más bien, ¿no somos cada uno de nosotros un pequeño Zaqueo? San Benito, al

principio de su Regla, dice que la escribió para aquellos que, habiéndose alejado de Dios por la desobediencia (o el pecado), quieren volver a Dios por el camino de la obediencia. Vinimos al monasterio porque éramos publicanos, porque no teníamos la pobreza de corazón predicada por Jesús, y porque buscábamos un camino de conversión. Este camino de conversión lo encontramos en la Regla de Benito. Éramos demasiado pequeños para ver a Dios, y nos subimos a nuestro sicomoro, lanzándonos sin duda con ardor de novato a la observancia de todo lo que pudiera acercarnos a Dios. Y entonces, afortunadamente, un día Jesús nos dijo: "Baja de tu sicomoro. No es desde la altura de tu ascetismo y tu virtud que puedes ver a Dios. Soy yo quien quiere habitar en tu casa, en tu corazón. Si hemos escuchado esta palabra, si la hemos dejado penetrar en nuestro corazón, ha creado allí cada vez una actitud de compunción, y sobre todo de compartir. Si he hecho daño a alguien, se lo devolveré cuatro veces.

Cada vez que somos fieles a este ideal de búsqueda de Dios y de conversión, se nos aplican las palabras de Jesús con las que termina el Evangelio que acabamos de escuchar: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también él es hijo de Abraham. En efecto, el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

Armand VEILLEUX